

No dormiréis

JUAN CARLOS ALONSO

A un recuerdo el día en que decidí estudiar periodismo -o Ciencias de la Información, como gustan de llamarlo con engolamiento los cátedros y doctores-. Sin duda, gran parte de la decisión se la debo a mi profesora de literatura del Instituto Mixto que nos leía cuentos de un tal Cortázar -'La autopista del Sur', recuerdo- y de la que me enamoré tan perdidamente y tan en secreto como sólo un adolescente es capaz de hacerlo.

Decidí que sería reportero de guerra y poeta y, con el paso de los años, aprendí que la única guerra a que asistiría en directo sería la del día a día, y que las únicas personas que soportarían mis rípios serían mi familia y alguna que otra novia paciente. Al final -la vida te da sorpresas-, acabé poniendo copas, marcando ropa de diseño y vendiendo motos a los redactores de las secciones de local y regional como asesor de prensa.

Pero, por encima de todo, el pulso de la información, el gusanillo de lo noticioso, las urgencias de un trabajo diario con hora de caducidad, siguieron latiendo desenfadadamente en mi interior como una especie de tumor benigno alojado en el corazón. Porque el periodismo es una adicción por el conocimiento que te marca a fuego, que te envía a los infiernos un buen día para alzarle al paraíso la semana siguiente, como una enloquecida aventura vital que nunca acabas de saber dónde coño conduce. Y quien lo ha probado, quien lo ha sentido alguna vez, sabe de qué diantres estoy hablando.

Pues bien, el pasado fin de semana algún patriota enfermo -perdón por el pleonismo, dado que el sustantivo y el calificativo suelen ir de la mano de modo indisoluble- decidió que había que hacer algo por la libertad de Euzkai Herria. Y qué mejor homenaje a su causa que colocar una bomba incendiaria en la puerta de un periódico de Vitoria con treinta y cinco redactores, fotógrafos y administrativos en pleno tajo, afanados en el trance de parir un diario; de recoger, elaborar y transmitir a los lectores el pulso de una ciudad como la nuestra.

Cómo tolerar que Ana, Paco, Alberto, Ángel, Juan y José Carlos, Alfonso, Nerea, Lino, Rosa, Marijose, Javier y tantos otros -estúpidos ilusos- se permitan ejercer la pasión del periodismo. Cómo soportar que, cada noche, cierren una edición más que llevar a los kioscos, haciendo posible que el lector opte libremente por ésta u otra mancheta para ponerse al día de lo que acontece, contrastando opiniones, cotejando crónicas, disfrutando del vicio de la lectura, previo abono de las ciento y pico pelas de rigor.

Decía Pío Baroja que el mártir es el que muere por una causa y se sacrifica por ella, mientras que el héroe no sólo puede no morir, sino que hasta puede sacrificar a los demás. Y desgraciadamente asistimos a la proliferación de este heroísmo de pacotilla que pretende hacernos renunciar a la felicidad. Un heroísmo abyecto que busca colocar sobre nuestras espaldas la mochila del desasosiego, instalando el miedo en nuestras mentes, la autocensura en nuestras plumas, el temor en lo cotidiano de nuestras existencias. De este modo, persiguiendo tornar nuestro sueño apacible en pesadilla, se empeñan en la inútil pretensión de consolidar la pena frente a nuestras legítimas ansias de ser quienes somos y mostrarnos como tales.

La historia más sencilla, la personal, nos recuerda con tozudez que siempre ha existido la semilla de la intolerancia entre nosotros. Que muy adentro, en el interior de cada cual, acechan nuestras frustraciones entre la maleza del espíritu que somos incapaces de desbrozar. Esa pulsión es la que animó el espíritu de quien ayer quemaba judíos, gitanos o disminuidos a mayor gloria del Reich, y de quien hoy trata de incendiar un diario con todos aque-



JOSÉ IBARROLA

llos que lo hacen posible dentro; de quien desprecia al diferente o desea su muerte por encima de cualquier otra consideración.

Pero al lado de la intolerancia crece también la generosidad, el coraje de aquellos que siempre afrontaron, en todo momento y lugar, el pulso del conocimiento frente a la barbarie, del pensamiento frente al anatema, de la mano tendida frente al puño. Por ello, en este momento, se hace preciso repetir los versos de Alberti hacia quienes pretenden pisotear la palabra; ensañándose ayer con Pablo Neruda -botas militares de caña alta, gafas de concha negras y gorra de plato-; incendiando hoy la difusión de las ideas.

Y con Alberti te digo, muchacho de la mochila, que «no dormiréis, malvados de la espada, cuervos nocturnos de sangrientas uñas, tristes cobardes de las sombras tristes, violadores de muertos. No dormiréis. Su noble canto, su pasión abierta, su estatura más alta que las cumbres, con el cántico libre de su pueblo os ahogarán un día. No dormiréis. Venid a ver su casa asesinada, la miseria fecal de vuestro odio. Su inmenso corazón pisoteado. Su pura mano herida. No dormiréis. No dormiréis porque ninguno duerme. No dormiréis porque su luz os ciega. No dormiréis porque la muerte es sólo vuestra victoria. No dormiréis jamás, porque estáis muertos».

Decía estos días Derek Walcott, en visita por nuestro país, que una de las tareas del poeta es mostrar la maldad del hombre. Amar el mundo incluso en su dolor, crear belleza aunque sea a partir del horror. Eso es lo que salva a los poetas, afirmaba. De modo paralelo, lo que salva el periodismo precisamente es el esfuerzo del deber de informar con objetividad, a los pocos minutos de haber salvado el pellejo milagrosamente. Y hacerlo de modo veraz, orillando los sentimientos que aún palpitan, olvidando el apesoso olor a humo que desprende tu ropa mientras pules la información. Eso sí que es heroicidad cotidiana, muchacho de la mochila. Lo tuyo, al fin y al cabo, no es sino la eterna cita del fascismo con la miseria humana. Por eso, con Alberti, te digo de nuevo: no dormiréis.

CARTAS AL DIRECTOR

Esclarecer hechos

Con relación a la réplica que hace el señor Zubiria a mi carta sobre los homenajes a verdugos en la que me acusa de mezclar las cosas, quisiera responderle lo siguiente:

1) Dice que los GAL desaparecieron hace 15 años y que las víctimas son las que son. Quisiera decirle que en Covite hay víctimas de los GAL y que las demandas que plantea este colectivo afectan también a sus víctimas. 2) Aunque los GAL han desaparecido no se han esclarecido todos sus actos y sus víctimas tienen el mismo derecho que las víctimas de ETA a que se esclarezcan sus casos y a obtener una reparación. 3) ¿Qué diferencia hay entre homenajes a un miembro de ETA y a un miembro de los GAL? ¿Y entre incluir en listas electorales a miembros de ETA y a uno de los creadores de los GAL? ¿No supone un acto contra la dignidad de las víctimas nombrar general a Galindo cuando estaba imputado por el caso Lasa y Zabala? 4) El indultar a agentes condenados judicialmente por delitos de torturas ¿no supone una ofensa a quienes han sido sus víctimas? 5) Más allá de los años transcurridos y de quién fue el victimario, es de estricta humanidad reivindicar el derecho de toda víctima a que no se jalee a quien fue responsable de su sufrimiento.

Xabier Deop
Vitoria-Gasteiz

Cambio

La ciudadanía vasca ha dado votos de confianza al nacionalismo desde hace 23 años. Le entregó los ayuntamientos municipales de 1979 y el gobierno regional en las elecciones al primer Parlamento vasco de la historia, en 1980. Los distintos gobiernos de la nación hicieron lo mismo, y así se logró un grado de autonomía inimaginable hace sólo dos décadas.

Sin embargo, con el terrorismo socialmente derrotado por el espíritu de Ermua y el sacrificio de los concejales del PP, el nacionalismo, de forma inexplicable, pactó con ETA y formó el frente de Estella para dar un salto en el vacío junto a los más radiales.

El retorno a la 'política' de muerte parece irreversible. El Gobierno de Vitoria sigue dependiendo de viejos dirigentes etarras. La inoperancia amenaza

Las cartas no deberán superar las quince líneas mecanografiadas (800 caracteres) y tendrán que incluir el nombre, apellidos, dirección y número de teléfono del remitente. EL CORREO se reserva el derecho a extractarlas. Dirección de correo electrónico: cartas.ec@diario-elcorreo.es

con que la actual legislatura se convierta en un cuatrienio de estancamiento presidido por el enfrentamiento social.

Por higiene democrática urge una solución. En más de 20 años el nacionalismo no ha logrado ni mejor convivencia, ni más libertad, ni tampoco la paz; el miedo sigue imperando en la geografía vasca; así no se puede vivir en el siglo XXI en la noble y vieja Europa.

Fernando Sánchez
Bilbao

Deseo de disolución

La 'confesión' de Jesús Prieto Mendaza, publicada en EL CORREO el sábado, 8 de los corrientes, es, en mi opinión, muy sugerente y plantea a la sociedad vasca en general y en especial a los movimientos pacifistas la urgencia de que se trata de movilizar pacífica y multitudinariamente a la ciudadanía para que ésta exprese inequívocamente a ETA el deseo de que se disuelva ya.

Dados los antecedentes y situaciones, las personas de cualquier ideología o partido no serían convocadas a manifestaciones, sino a portar un signo externo o simplemente la frase: 'ETA disuélvete'. La resistencia de la organización armada a la presión ciudadana, creo, es una incógnita de muy difícil pronóstico. Pero el ambiente social ganaría en libertad, especialmente en poblaciones grandes y medias (superiores a 20.000 ciudadanos).

F. de Urquijo de la Puente
Getxo (Vizcaya)

Ruiz Lavín

Les envío este e-mail con el ruego de, con su ayuda, poder localizar a familiares. Mi nombre es Alberto Gómez, nacido y residente en Cuba.

Necesito localizar a mis familiares en la provincia de Santander, en el pueblo de Ampuero. Uno de ellos nació en abril de 1905 y se llamó Fidel Julián Ruiz Lavín. Puedo recibir información por e-mail al kikegar@bell-south.net

Alberto Gómez
Habana, Cuba

ANTON



ANTON